



OTRO DÍA

Por JOSE MARIA ALCANIZ

TE mataré como a un cerdo! —juró entre dientes.

Tomó el saco de tierra y, a paso ligero, hundiendo las botas en la arena, comenzó a describir círculos en torno al campamento. El cabo le contemplaba con los brazos cruzados sobre el pecho lleno de tatuajes. La cicatriz de su mejilla estaba más roja.

La brisa del sur mordía los brazos y los rostros, agrietaba los labios y hacía enrojecer los ojos. Las lonas de las tiendas, tersas, se quemaban al sol. Más allá, el desierto muerto desafiaba a los seres con vida. Respirar costaba un esfuerzo y al menor movimiento se perlaban las frentes.

«El Aragonés» se detuvo, agotado. Notaba en las sienas el latir acelerado de la sangre y, en los pies, las dentelladas del camino repetido una y otra vez. El cabo llegó hasta él.

—¿Qué...?

«El Aragonés» se mordió los labios.

—¡En marcha! ¡Ya te enseñaré yo disciplina, mala bestia!

Con las mandíbulas apretadas, tomó de nuevo el costal y reanudó el castigo. A su paso amoldó un estríbillo.

—Te-ma-ta-ré, te-ma-ta-ré...

Escupía las sílabas con rabia y halló placer en ello. Dos horas más tarde rodó sin sentido.

...

La bandera del Tercio se estremeció en el espacio, antes de ser arriada al toque de oración. Los números de la guardia, armados y en formación, parecían estatuas duramente recordadas sobre un sol poniente cada vez más bajo y desvaído. La última voz de mando se perdió en las lomas cercanas y, con ello, terminó el día militar.

Un puñado de hombres, de brazos nervudos y rostros de cuero, bebían bajo un techado de cañas y madera.

—Oye tú, sabio, ¿por qué tocan eso?

El interrogado pasó la mano por el rostro alargado. Parecía que no iba a terminar nunca. Después la secó en la cadera. Abrió la boca con desgana.

—Fue un capitán español... allá en Italia... Hubo tantos muertos que rezaron tres Padrenuestros: eso es lo que dura el toque.

—¡Tres Padrenuestros...! Bah, monsergas! —exclamó el más viejo.

Juan se indignó; aquel viejo le sacaba de quicio.

—¿Qué sabrás tú de eso, animal? —atajó nervioso. Y volviéndose, agregó más sossegado.

—Oye, tú sabes cosas y eso se paga bien. ¿Por qué has venido aquí?

—Porque nadie hace preguntas, imbécil —se anticipó el viejo, con socarrotaría.

Juan se precipitó sobre él, agarrándole del cuello. En aquel momento, un corto silbido de aviso llegó hasta los hombres, que dejaron en el acto de forcejear. Un oficial cruzó a unos metros, camino de Mayoría.

—Algún día no vendrá nadie y acabaré contigo... Me darán una medalla por esto.

El viejo escupió en la bota claveteada y la limpió con mimo. Le gustaba provocar a Juan y sabía cómo hacerlo. No tenía nada contra él, salvo que le cargaba su manía de hacer preguntas y

su excesiva susceptibilidad. Cualquier día le daría un golpe y en paz.

«El Sabio» fumaba indiferente. No tardaría en anochecer y el viento sería más fresco. Se encontraba bien allí.

Tambaleándose llegó un hombre. De su camisa abierta surgía un cuello de toro de venas hinchadas. Tomó asiento sin mirar a nadie: era «el Aragonés».

Juan le dijo:

—De buena te has librado, «Aragonés»; mañana fusilan al negro.

—Y eso a mí, ¿qué?

—Era tu amigo.

—¿Amigo...?, como tú y como ese perro —dijo, señalando a un animal que hozaba en un estercolero.

—Escucha, «Aragonés»; la suerte que tú tienes es que la mora ya no puede hablar.

«El Aragonés» se volvió furioso.

—Mucho hablas tú.

—Yo digo lo que oigo.

—Pues oye menos o, alguna noche, en

Gran premio TRIUNFO de narraciones 1962-63 ★ Número 68



la Alcazaba te encontrarás con lo que no quieres.

—Una zorra más o menos —dijo el viejo.

«El Sabio» intervino.

—¿No eras tú el que corrías?

—Sí.

—¿Quién fue?

—El cabo... ¡el hijo de...!

—¿Por qué te cazó?

—Eso es lo de menos; siempre hay motivos. Sabe que el negro no estaba solo y quiere cobrarse bien. Pero yo no doy ceba a nadie. A ese desgraciado le queda poca vida: lo mataré como a un cerdo.

El viejo hizo un signo con la cabeza y, pocos segundos después, el toque de corneta, apremiante, cruzó el campamento. La cantina quedó vacía, con su esqueleto de palo, y el centro de la plaza de armas se pobló de camisas abiertas y gorros ladeados. Al conjuro de aquel sonido, los hombres dejaban su presente y eran soldados dispuestos a luchar o a cantar a una orden. Pero incluso sus canciones contenían un destino claro, sin lugar a dudas.

«Soy el novio de la muerte...».

La formación se deshizo como un rompecabezas abandonado. Otra vez sonó la corneta, con sus notas largas, llamando a la noche, que comenzó a ceñirse en torno a las tiendas de campaña. Los hombres regresaron a su hogar, no más grande que una tumba: un soldado no necesita más. Los centinelas cambiaron consignas antes de que apareciera la primera estrella y el pelotón disciplinario quedó en posición de firmes aguardando al sol.

El viejo abrió la maleta y colocó en ella sus botas con cuidado; luego, se tendió en el petate y encendió un cigarro.

«El Sabio» buscó su diario y escribió, a la luz de una linterna:

«4 de junio.
Instrucción, calor... Otro día.»

«El Aragonés» permanecía en pie, jun-

to al palo central. Aguardó unos instantes; después, se acercó al fusil y tomó el cuchillo-bayoneta, lo guardó en el pecho y cruzó la tienda.

El viejo le dijo:

—«Aragonés», mira bien lo que haces. Se detuvo sólo un instante.

—Es cosa mía —contestó.

Y siguió andando. Atravesó la plaza de armas con precauciones. La arena seca crujía bajo sus pies. Las voces de los plantones se fueron extendiendo, como el fuego de una mecha lenta, cercando la parada. Antes de llegar al puesto de guardia, se detuvo. La voz del oficial tronaba dentro.

—¿Qué esperas para traerme el parte?

«El Aragonés» dio un rodeo; las barracas de aprovisionamiento estaban en la otra parte.

El viejo comentó:

—No me gusta nada esto.

«El Sabio» levantó los ojos del cuaderno.

—Esta tinta no seca bien —dijo, contrariado.

...

A la mañana siguiente, el cuerpo del cabo apareció colgado de los pies y sin cabeza. «El Aragonés» estaba allí, mudo, mirando su obra con expresión de idiota.

En el interrogatorio le preguntaron:

—¿Por qué lo hiciste?

Tan sólo contestó:

—¡Era un cerdo!

«El Sabio» escribió en su cuaderno:

«8 de junio.
Instrucción. Calor. Fusilamiento de «el Aragonés». Otro día.»

Era el diario de los hombres sin pasado.

(Ilustraciones de
EDUARDO URCULO)



LIBROS

por fernando molinero

**"rue d'aboukir",
de monique lange**

EL presente libro, «Rue d'Aboukir», de Monique Lange (Colección Biblioteca Breve, Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1963), contiene tres relatos, el primero de los cuales da título al libro; los otros dos se titulan: «Playa española» y «El entierro». Comenzaremos por decir que por bajo de estas tres narraciones hay una misma problemática; problemática que la autora nos presenta en tres exploraciones distintas, todas ellas muy ricas en contenido. ¿Qué problemática es esa?

Tomemos, por ejemplo, «Rue d'Aboukir». La historia de Lisa Canavaglia, la protagonista, es la historia de una responsabilización, a través del amor y la generosidad espiritual, de la propia existencia individual; y de cómo el asumir esa responsabilidad, que se manifiesta en una actuación concreta ante el medio social, comporta la repulsa de ese medio. Esta pugna entre la justificación de una existencia individual y el orden que preside el medio social, nos da la clave para comprender las más profundas sugerencias de este personaje, Lisa, tan hábilmente trazado por su autora. Esta pugna, esa colisión de intereses entre el individuo y el orden social dado, es también la clave que nos facilita la total comprensión de Sara y Hélène, protagonistas, respectivamente, de «La playa española» y «El entierro». Pero nada de esto justificaría nuestra atención sobre estos tres relatos —la problemática que les da base se encuentra presente en casi toda la literatura contemporánea— si esa problemática no se nos ofreciera de un modo realmente sugestivo. En toda su sencillez y en toda su enorme complejidad, en su grave verdad humana, estos tres personajes —Lisa, Hélène, Sara— se nos aparecen como tres víctimas de un mundo que no está hecho a la medida del hombre. La gran agudeza de la autora para registrar y mostrar estos y los otros matices, para señalar en cada momento el detalle justo y preciso, ha hecho posible que estas tres mujeres lleguen a cobrar vida propia ante el lector, adquiriendo el valor representativo de un tipo de sensibilidad femenina que tipifica en parte a la mujer de nuestra época.

Aparte algunas objeciones menores que cabría hacer a la realización formal de estos tres relatos, debemos consignar finalmente que esa realización es, en líneas generales, muy afortunada; desde un principio —y hasta el final— el lector se siente «atravado» en la acción narrativa.



**"la metáfora y el mito",
de a. álvarez de miranda**

ESTE agudo, penetrante, inspirado ensayo de Ángel Álvarez de Miranda, «La metáfora y el mito» (Cuadernos de la Editorial Taurus, Madrid, 1963), consta, con el título «Poesía y religión», en el tomo II de sus Obras Completas, que editó Cultura Hispánica. Ello no es obstáculo para que la reedición por separado de este ensayo nos parezca plausible por todas las razones. En él, Álvarez de Miranda, tomando pie en Gerardo van der Leeuw, nos ofrece una muestra de correlaciones y coincidencias entre la obra de un poeta moderno español, Federico García Lorca, y «los contenidos fundamentales de todo un cierto tipo de religiosidad», la que «se conoce como peculiar de las religiones arcaicas de tipo naturalista». Y añade Álvarez de Miranda: «Quiere ello decir que al hablar aquí de religiosidad y de religión no se alude para nada a todo cuanto es peculiar y privativo del cristianismo; se alude, en cambio, a esa dimensión expresada por Zubiri bajo la fórmula de la constitutiva religación de la existencia humana.»

Este es el punto de partida. Desde ahí, Álvarez de Miranda exploraba los temas más definitivos de la poesía garcilorquiana —muerte, sangre, fecundidad— y establecía un continuo parangón con esos «contenidos fundamentales» de la religiosidad naturalista, encontrando en la obra de Lorca un rico «atramundo de asombrosas intuiciones numinosas».

A los tres adjetivos con que hemos empezado por calificar este trabajo —agudo, penetrante, inspirado— hemos de añadir, por último, el de sugestivo, y ello cualquiera que sea nuestra visión del hombre y del mundo.